

**Andrea Catone**

**NACIONALISMOS  
Y CRISIS DEL  
ESTADO NACIONAL**

**LA FARGA EDICIONES**

Título original: Nazionalismi e crisi dello Stato nazione

Publicado en italiano en *Giano. Ricerche per la pace*, revista cuatrimestral, Roma.

Traducción: Artur Obach

Primera edición: 1994

Copyright para España:

LA FARGA EDICIONS, SCCL  
C/ Lleida, 1  
08290 Cerdanyola del Vallès

ISBN: 94-

DLB - 11.088-94 Impreso en G2B gràfic, S.L.

*Hemos hecho Italia, ahora debemos hacer a los italianos*  
(Massimo d'Azzeglio)

*Casi siempre la noción de Estado ha precedido a la de nación, y no viceversa, a pesar del difundido mito contrario*  
(I. Wallerstein)

*No son las naciones quienes hacen los Estados y forjan el nacionalismo, sino todo lo contrario*  
(E. Hobsbawm)

La definición del concepto de nación ha constituido y sigue constituyendo un rompecabezas, así como la puesta en juego de una batalla político-ideológica. Si se examina la historia de la idea de nación, de los enfrentamientos teóricos y políticos que se han desarrollado en torno a la definición misma de nación, desde finales del siglo XVIII hasta nuestros días, incluido ahí el rico y complejo debate marxista, se da uno cuenta fácilmente de ello (cf. *apéndice*). Bastará aquí decir que, después de haber producido un notabilísimo volumen de trabajos sobre el tema - en particular en los últimos 20-25 años en el mundo anglosajón - la comunidad científica sigue utilizando el concepto de nación con acepciones considerablemente diversas, hasta el punto que algunos (Balibar, Wallerstein) sostienen la tesis de la ambigüedad de la identidad nación y proponen (Hobsbawm) partir no de la pregunta "¿qué es una nación?", sino del análisis de los movimientos ideológico-políticos que - en modos muy diversos en el tiempo y en el espacio - han apelado a la nación: los nacionalismos (el plural es obligatorio). Este ha sido fundamentalmente también el enfoque de Lenin ante la "cuestión nacional".

Buena parte de los movimientos nacionalistas colocan en el centro de sus programas y reivindicaciones la constitución del "Estado nacional". Con esta expresión hoy se entiende generalmente el Estado constituido únicamente o de manera preponderante por una nación, el Estado sobre el cual una única nación ejerce su soberanía (aun cuando no puede excluirse el inverso: el Estado que ejerce su soberanía sobre una única nación). En resumidas cuentas, correspondencia entre unidad política y unidad nacional.

Esta correspondencia de nación y Estado tiende a presentarse como autoevidente: la Sociedad de Naciones, propuesta en la primera postguerra por Wilson, y la Organización de las Naciones Unidas, constituida en la segunda postguerra, están compuestas en realidad por los representantes de los Estados (de los gobiernos de los Estados) reconocidos por la comunidad internacional (sería conveniente decir interestatal), pero se presentan como comunidad de "naciones" (aunque, como pone de relieve Hobsbawm, decenas y decenas de estudios encargados por la ONU sobre la noción de nación no han conseguido ponerse de acuerdo sobre una definición satisfactoria de la misma); se habla en general de "territorio nacional" para indicar el territorio sobre el que un Estado ejerce su soberanía

(o, en ciertos casos, lo reivindica como tal contra otros Estados, que lo consideran a su vez "territorio nacional"); "economía nacional", "riqueza de la nación", "producto nacional bruto", etc., se refieren todos a procesos que conciernen a las relaciones económicas de un específico Estado (uno de los libros clave de la economía política clásica, *La riqueza de las naciones*, de A. Smith de 1776, se refiere a la riqueza de los Estados, cuyos ingresos fiscales y principios de imposición - cf. Ricardo - constituyen el objeto de un estudio específico); en muchos casos la "nacionalidad" indicada en los documentos de identidad coincide con la ciudadanía.

Estos equívocos no son casuales. Si ambigua es la identidad de nación, no menos ambigua es la noción de Estado-nación o Estado nacional y, por consiguiente, también la de "autodeterminación nacional" tendente a la constitución de un Estado nacional.

Como señalaba E. Carr, la noción de autodeterminación nacional tenía inicialmente un significado bastante distinto del que ha asumido luego. Su origen arranca del proceso revolucionario en Francia, que sustituye la idea del Estado como dominio personal del monarca por la de soberanía popular o nacional. "Ligada al sistema feudal de

explotación de la tierra, la idea del soberano como titular de un derecho de propiedad era incompatible con las nuevas condiciones sociales y económicas creadas por el desarrollo de las industrias y de los comercios, incompatible con la afirmación de una nueva cultura no feudal. Las clases medias se convirtieron así en los herederos de la monarquía y los depositarios del nuevo credo del nacionalismo" (Carr, 398).

La autodeterminación nacional no es pues otra cosa que el principio de soberanía popular elaborado por la burguesía revolucionaria del 89 para socavar los cimientos del Estado patrimonial y del feudalismo.

En este contexto, las nociones de "nación" y de "pueblo" son equivalentes; pueblo y nación, el pueblo-nacional, es una noción exclusivamente económico-política (el Tercer estado es ya en sí una nación, escribía Thiers), que se constituye en oposición a la monarquía absoluta y al feudalismo. En dicha noción inicial no entra ningún componente racial, étnico, o simplemente lingüístico. A la par que el nuevo concepto de patria elaborado por Robespierre: "En los Estados aristocráticos la palabra patria sólo tiene sentido para las familias patricias, es decir para aquellos que se han adueñado de la soberanía. Sólo en democracia el Estado es

verdaderamente la patria de todos los individuos que lo componen" (cit. por Carr, 398), el de pueblo-nación es esencialmente político y está determinado por el Estado: la verdadera patria del pueblo-nación está constituida por el Estado, en el que los "individuos que lo componen" ejercen la soberanía "popular".

El "Estado nacional" es originariamente el Estado en el que se ejerce la soberanía popular, del pueblo-nación. Por estos orígenes que arrancan de la revolución del 89, nace no en continuidad, sino en ruptura formal y explícita con las precedentes formas estatales, incluidas aquellas que diversos historiadores definieran como "Monarquías nacionales", constituidas en Occidente a inicios de la era moderna (Francia, España, Inglaterra) con la crisis de las instituciones universalistas de Imperio y Papado. (A propósito de esto, la noción de "monarquía nacional" debería ser repensada críticamente: es hija de una historiografía que tiende a colocar mucho más allá de las revoluciones burguesas el nacimiento de las naciones).

El "Estado nacional" es el Estado de la burguesía en ascenso y debe cumplir tareas fundamentales para el desarrollo de esta última, como, ante todo, la abolición de las barreras impuestas a la libre

circulación y compraventa de capitales, mercancías y, sobre todo, fuerza de trabajo; la construcción, pues, de un "mercado nacional" mediante esas "infraestructuras de mercado", de las que incluso los más bienintencionados (capitalistamente hablando) inversores occidentales sienten fuertemente la falta en los países del ex-"socialismo real". Incluso en tiempos de pleno liberalismo teórico, el Estado nacional razona en términos de "economía nacional" (cf. Hobsbawm, pp. 32-33). Se sigue de ello que competirá al Estado la protección del "mercado nacional".

Pero el Estado capitalista deberá asumir también otras funciones, menos explícitamente ligadas a la reproducción extensa de la economía capitalista, pero no por ello menos necesarias a esta última; en particular, la de incluir a las masas campesinas en el mercado de la fuerza de trabajo, y suministrar a este mercado una fuerza de trabajo suficientemente alfabetizada (así como disciplinada y conformada) para afrontar el trabajo industrial. La sustracción del monopolio de la educación a la Iglesia y la institución de la escuela estatal se enmarcan en este objetivo.

Esta incorporación de las masas campesinas comporta la tendencia a la superación de la división

entre cultura aristocrático-feudal y cultura campesina, "cultura de élite" y "cultura popular", la pretensión sistemática de la aniquilación de cualquier posibilidad de culturas potencialmente autónomas. La unificación del mercado nacional exige la homologación lingüística y cultural, la constitución de lenguas de Estado. El Estado nacional desempeña esta función a través de los que Althusser llamaba "aparatos ideológicos de Estado": entre ellos, no sólo la escuela, sino también la Iglesia de Estado y el ejército de leva obligatorio, que, además de cumplir con su función principal de máquina para la guerra, desempeña la de conformación y homologación, de transmisión de la ideología de la clase dominante.



No se trata sólo de instruir a las masas analfabetas e incorporarlas al mercado, sino de instruirlas de una cierta manera, de conformarlas y domesticarlas. Una vez que el proletariado se haya extendido masivamente, éste, "clase laboriosa", se convierte al mismo tiempo en "clase peligrosa" para el orden social capitalista. Por ello resulta necesario encontrar canales, formas, instrumentos para despotenciar su carga subversiva, incluyéndolo - y encerrándolo - en el Estado. A finales del S. XIX asistimos, en los países capitalistas occidentales, a procesos tendentes a una "nacionalización" de la clase obrera y del proletariado en general (a lo que

se prestan magníficamente las direcciones socialdemócratas de los partidos de la II Internacional). El objetivo de una incorporación de las masas al mercado capitalista y de una conformación de su mentalidad y sus modos de vida a las exigencias de la producción capitalista sigue siendo perseguido y perfeccionado con el desarrollo de la gran industria y la extensión del modo de producción capitalista, que pasa de la sumisión formal a la real del trabajo al capital; las observaciones de Gramsci en *Americanismo y fordismo* son esclarecedoras a este respecto.

Este proceso de inclusión y despotenciación de las "clases laboriosas-peligrosas" en el mercado y en el Estado se realiza, según Balibar, a través de un tipo de Estado que es al mismo tiempo "nacional" y "social", que toma forma en la segunda mitad del siglo XIX. "El Estado *social* es un Estado que, progresivamente, ordena las instituciones de *normalización* del conflicto entre las clases, es decir, ante todo, entre capital y trabajo: derecho al trabajo, derecho de huelga y de asociación, derecho a la asistencia y a la seguridad social, pero también enseñanza pública, políticas de urbanización y de salud, políticas económicas de industrialización, de control de los precios y del empleo, de inmigración. En resumen, un Estado que no suprime las luchas de

clases (al contrario, que interviene cada vez más en ellas para controlar, reprimir, disciplinar la *peligrosidad* de las *clases trabajadoras*), pero que las despoja de la forma *desnuda* de un enfrentamiento entre fuerzas externas entre sí (la forma de una *guerra civil*)" (pp. 116-117).

Son estos los presupuestos por los que el Estado nacional, concebido en la primera forma, en sentido esencialmente económico-político, como Estado en el que se ejerce la soberanía del pueblo-nación (pueblo, en tanto que contrapuesto a la monarquía absoluta y al feudalismo), se convierte en el Estado nacional como Estado en el que se expresa la nación. Una nación, cuyo concepto se autonomiza del de pueblo y, sobre todo, de soberanía popular, se distancia de su origen político y económico para asumir connotaciones distintas, no inmediatamente definidas, pero en todo caso tales que la diferencian inequívocamente de otras naciones. Si para Rousseau la nación y el Estado-nación eran expresión de un pueblo, de una comunidad de ciudadanos, de un cuerpo moral colectivo capaz de expresar una voluntad común, para Herder y Fichte es una comunidad "natural" unida por vínculos indisolubles de lengua, de cultura y de sangre (cf. la reconstrucción de la idea de nación que lleva a cabo Chabod); o incluso, con un pasado y una memoria

comunes: "de armas, de lengua, de altar, de memorias, de sangre y de corazón" (Manzoni, *Marzo de 1821*).

Este desplazamiento de una acepción de la nación esencialmente política, expresada en la revolución francesa, a una que se podría, grosso modo, a beneficio de inventario, definir como étnica, que toma cuerpo en la época romántica, otorga a la noción de Estado nacional una valencia notablemente distinta de la originaria.

Durante toda una fase, sin embargo, ambas nociones conviven: es la era de la *burguesía en ascenso*, de las revoluciones liberales antifeudales y nacionales. El objetivo de la creación de un Estado nacional, de la autodeterminación nacional, entendida como soberanía popular contrapuesta al principio del Estado patrimonial, y el de la autodeterminación nacional entendida como formación de un Estado nacional de una nación que alcance la independencia, históricamente vienen a coincidir: el imperio zarista y el imperio de los Habsburgo son, en la primera mitad del siglo XIX, al mismo tiempo pilares de la reaccionaria Santa Alianza e imperios que ejercen el dominio sobre "nacionalidades" oprimidas. Esta coincidencia histórica favorece los deslizamientos de las nociones de autodeterminación nacional y de

Estado nacional. Los revolucionarios de esta fase, que se prolonga hasta 1871 con la unificación alemana y la Comuna de París, (y Marx y Engels entre ellos) defienden en general las reivindicaciones de autodeterminación nacional sólo en la medida en que la formación del Estado nacional erosiona los pilares de la alianza reaccionaria y persigue, al propio tiempo, el principio de la revolución burguesa antifeudal; sólo, en otros términos, si hay coincidencia entre Estado nacional en la primera acepción, política, y Estado nacional en la segunda acepción, "étnica".

(Una coincidencia análoga se ha verificado, en un contexto histórico muy diverso, con el movimiento anticolonialista y antiimperialista que se desarrolla en el siglo XX en Asia y África bajo el impulso de la revolución de Octubre: también en este caso, en general, hasta 1975 - liberación de Saigón, fin del dominio portugués en Angola y Mozambique - lucha por la autodeterminación nacional y también lucha política por la constitución de un Estado que sea expresión de la soberanía popular, esta vez perseguida también como gobierno de la economía del país).

No hay en Marx una reflexión específica sobre el Estado nacional, que él asume la mayoría de las

veces en el significado de Estado burgués-capitalista moderno, caracterizado por la soberanía popular. El Programa de Gotha (1875) se refiere al Estado nacional como un presupuesto ya dado: "La clase obrera procura, en primer término, su emancipación *dentro del marco del Estado nacional de hoy*, consciente de que el resultado necesario de sus aspiraciones, comunes a los obreros de todos los países civilizados, será la fraternización internacional de los pueblos". Y en su crítica, Marx señala que "los distintos Estados de los distintos países civilizados, pese a la abigarrada diversidad de sus formas, tienen en común el que todos ellos se asientan sobre las bases de la moderna sociedad burguesa, aunque ésta se halle en unos sitios más desarrollada que en otros, en el sentido capitalista". El Partido Obrero Alemán, que "declara expresamente que actúa dentro del *actual Estado nacional*, es decir, dentro de *su propio Estado*, del imperio prusiano-alemán [...] no debía haber olvidado lo principal, a saber: que todas esas lindas menudencias tienen por base el reconocimiento de la llamada soberanía del pueblo, y que, por tanto, sólo caben en una *república democrática*." (Marx, pp. 22-23).

Una atención específica a la forma del Estado nacional la dedican Kautsky y, posteriormente,

Lenin. En *Die Moderne Nationalität* (1887) Kautsky identifica en el Estado nacional el instrumento principal de la formación de la nación moderna, el producto del desarrollo del modo de producción capitalista; el mercado es el agente histórico de su formación y la lengua, auténtica materia prima mediante la que se realiza la cohesión y la unidad de la nación, el instrumento que le confiere identidad (Haupt, 24). Tal planteamiento será confirmado por Kautsky en sus artículos en *Neue Zeit* de 1907 -1908 en polémica con Otto Bauer, que, en su extenso trabajo sobre la socialdemocracia y la cuestión de las nacionalidades (1907), excluye la necesidad de la constitución de un Estado nacional, propugnando en cambio la autonomía nacional dentro de los Estados existentes.

Lenin retoma y articula la tesis de Kautsky en sus *Notas críticas sobre la cuestión nacional* y en el que aparece como su ensayo más orgánico sobre el tema, *Sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación* (1914), confiriendo a la unidad lingüística un papel determinante: "...para la victoria completa de la producción mercantil, es necesario que la burguesía conquiste el mercado interior, es necesario que territorios con población de un solo idioma adquieran cohesión estatal, eliminándose cuantos obstáculos se opongan al desarrollo de ese

idioma y a su consolidación en la literatura. El idioma es el medio principal de comunicación entre los hombres; la unidad del idioma y el libre desarrollo del mismo es una de las condiciones más importantes de una circulación mercantil realmente libre y amplia correspondiente al capitalismo moderno, de una agrupación libre y amplia de la población en diversas clases; es, por último, la condición de un estrecho nexo del mercado con todo propietario, grande o pequeño, con todo vendedor o comprador.

Por ello, la tendencia de todo movimiento nacional es la de formar *Estados nacionales*, que son los que mejor cumplen estas exigencias del capitalismo contemporáneo. Empujan a ello factores económicos de lo más profundos, y para toda la Europa Occidental, es más, para todo el mundo civilizado, el Estado nacional es por ello lo *típico*, lo normal en el período capitalista".

El Estado nacional, en resumen, es la forma de Estado que mejor corresponde a las condiciones capitalistas económicamente progresivas, a diferencia de las condiciones medievales precapitalistas (Lenin, 1979, 606).

El concepto de Estado nacional se precisa mejor en Lenin en el momento en que se coloca como pareja antitética con el de "Estado plurinacional".

Remitiéndose nuevamente a las conclusiones de Kautsky, escribe que "...los Estados de composición nacional heterogénea (los llamados Estados de las nacionalidades, para distinguirlos de los Estados nacionales) son 'siempre Estados cuya organización interna, por una u otra razón, ha permanecido anormal o inacabada' (atrasada). Es ocioso decir que Kautsky habla de anomalía sólo en el sentido de que el Estado no corresponde o no se adapta suficientemente a las exigencias del capitalismo en desarrollo" (Lenin 1979, 607; la traducción ha sido modificada parcialmente según el texto ruso en Lenin 1980, 260).

La reflexión de Lenin sobre el Estado nacional capta bien el nexo entre exigencias del modo de producción capitalista y constitución de un nuevo tipo de Estado "nacional", cuyo período de gestación es colocado por él entre 1789 y 1871. Ve con claridad que la nación moderna se constituye y se desarrolla junto a este nuevo tipo de Estado, profundamente distinto del feudal-patrimonial. No obstante, da por descontadas las nociones de nacionalidades y de nación, asumidas como un presupuesto ya dado, en lugar de analizarlas como algo introducido por el Estado burgués moderno. En su noción de Estado nacional (y de autodeterminación de las naciones) convergen, pero sin que se expliciten, los dos

orígenes de la noción de Estado nacional, el de orden político de la soberanía popular, nacido con la revolución francesa - y de hecho hace coincidir el período de formación de los Estados nacionales con el de las revoluciones burguesas, 1789-1871, (Lenin 1979, 614) - y que se mueve en el ámbito de la "economía nacional" y el de tipo "étnico-lingüístico". La lengua acaba así asumiendo una relevancia fundamental en la caracterización de la nación.

La indicación de Kautsky y Lenin sobre la importancia de la unificación lingüística en los procesos de desarrollo capitalista merece ser considerada con atención: se puede pensar que durante toda una fase haya desarrollado un papel destacado no sólo en las relaciones de intercambio, para la unificación del mercado, sino en el proceso de trabajo mismo, en las relaciones de trabajo en el seno de la empresa. Sin embargo las diferencias lingüísticas no constituyen un obstáculo insuperable para el capital, ni en el proceso productivo, como demuestra el enrolamiento masivo de fuerza de trabajo de lengua diversa en los países de capitalismo avanzado, ni en el comercio y en los intercambios: las mercancías aprenden pronto a hablar su propio lenguaje y recurren hoy día a una jerga (*slang*) anglo-americana.

Esta lectura de Lenin del Estado nacional como "nacional" en tanto que contrapuesto a los Estados "plurinacionales" (y no "nacional" en tanto que constructor de la nación como instrumento para incluir a las masas en el mercado y en el Estado y despotenciar al mismo tiempo la conflictualidad inmanente de las clases *laboriosas-peligrosas*) puede engendrar el equívoco de la inversión: de una nación preexistente al Estado, que busca su justa colocación en el mundo como "Estado nacional". Si bien se mira, la definición de nación que Stalin, con el asentimiento explícito de Lenin, elabora en 1913 como "comunidad estable, formada históricamente, de lengua, territorio, vida económica y conformación psíquica que se manifiesta en la cultura común" (Stalin, 52-53), no hace sino reflejar la visión de la nación modelada por el Estado nacional: no es un azar que el territorio, mejor aún, la continuidad territorial, sea señalada, en abierta polémica con Otto Bauer, como aspecto necesario e imprescindible para la constitución de la nación.

Lenin advierte que el Estado nacional es el Estado burgués moderno, profundamente nuevo respecto al Estado feudal, forjado sobre las exigencias de desarrollo del capitalismo; pero identifica luego este Estado con el Estado compuesto por una sola nacionalidad, mono-nacional, a diferencia del

plurinacional. El equívoco está precisamente en la colocación en el mismo plano lógico, en pareja conceptual antitética, el Estado nacional y el Estado plurinacional. Pero colocados así, en el mismo plano, se pierde el origen económico-político (y no étnico) del Estado nacional, Estado de la soberanía popular. Si lo tomamos en su primera acepción, el Estado nacional hay que colocarlo en un plano totalmente distinto de aquel en el que se coloca el Estado plurinacional, incomparables entre sí. No es la noción de Estado nacional la que se forja, por diferenciación, en base a la de Estado plurinacional, sino que es la de Estado plurinacional la que nace y se modela, en 1800, sobre la base de esa noción ambigua que es el Estado nacional.

Acuñando la noción de Estado plurinacional la socialdemocracia de la II Internacional debe definir también el concepto de nacionalidad. No es casual que en los años a caballo entre 1800 y 1900, Kautsky y Bauer, por problema nacional entendieran comúnmente problema de las nacionalidades: muchos estudios dedicados a ese tema están referidos a la relación entre socialdemocracia y *Nationalitätenfrage* [problema de las nacionalidades]; Lenin recurre a menudo, en lugar de al término *mnogonacional'noe Gosudarstvo* [Estado plurinacional] al de *Gosudarstva nacional'nostej*

[Estados de las nacionalidades] (cf. Lenin, 1980, 260).

Pero la definición de nacionalidad no es menos problemática que la de nación. Sobre la base de las afirmaciones de Lenin, en el debate teórico de la socialdemocracia de principios del siglo XIX, así como de alguna alusión de Engels, los estudiosos soviéticos intentarán una sistematización de los conceptos de nacionalidad y de nación, tratando de identificar con precisión su diferencia específica, sin conseguir, no obstante, proporcionar una explicación convincente: la nacionalidad tiene sobre todo un significado étnico (Bromlej, 5); preexiste a la nación, confiriéndole los caracteres étnicos (Kaltajchian, 231-39). Resulta de ello en todo caso, en última instancia, una identificación implícita de nación y Estado.

El desplazamiento de los conceptos de nación y Estado nacional no es más que el reflejo de los procesos que intervenían a medida que se afirmaba el modo de producción capitalista y se consolidaba el dominio burgués: por las razones que sintéticamente se han tratado de referir (instrucción, inclusión, control de las "clases peligrosas", pero indispensables para la valorización del capital), el Estado de la burguesía victoriosa debe forjar la

nación: se convierte así en "Estado nacional", en el segundo sentido, tendiendo al mismo tiempo a hacer perder cada vez más consistencia y solidez al sentido originario, el de la soberanía popular, que fue necesario en la fase de lucha contra el feudalismo, pero que resulta un estorbo en la fase en que debe desplegarse plenamente el dominio capitalista.

La nación es la identidad ficticia, la comunidad imaginada e imaginaria, según la definición de B. Anderson, mediante la que las masas son incluidas y controladas en el mercado y en el Estado. (El capitalismo, en tanto que sistema de explotación no transparente debe recurrir a la ideología y a la producción de falsa conciencia en medida mucho mayor que las sociedades de explotación transparente, como la feudal o la esclavista). Decir ficticia e imaginaria no significa sin embargo sostener que dicha identidad no sea percibida por millones de individuos como efectivamente existente, real, y que no se transforme en poderosa fuerza material: significa simplemente precisar su origen histórico relativamente reciente (la edad de las revoluciones burguesas), que en modo alguno se pierde en la noche de los tiempos o en un pasado antiquísimo y mítico (continuamente reescrito en función de los desplazamientos de la identidad nacional), su ser resultado histórico de una

determinada fase de desarrollo del capital y de las contradicciones de clase, su ser - una vez experimentada su eficacia instrumental - el producto ideológico conscientemente construido por los intelectuales orgánicos de la clase dominante. (El análisis de la nación deberemos abordarlo con un procedimiento análogo al del análisis marxista de la religión).

El Estado-nación es la forma estatal que se ha afirmado históricamente a lo largo de toda una prolongada fase del capitalismo.

La afirmación de esta forma ha pasado a través de un proceso complejo, durante el cual a ella se han asociado o contrapuesto otras formas estatales burguesas. Braudel y Wallerstein - escribe Balibar - demuestran que "en la historia del capitalismo han surgido otras formas 'estatales' distintas de la nacional y durante un cierto período se han mantenido en competencia con ésta, antes de ser por fin arrinconadas o instrumentalizadas: la forma imperio es, sobre todo, la de una red político-comercial transnacional, centralizada en una o más ciudades". Esta última nos muestra que no existía una forma política "burguesa" en sí, sino distintas formas (se puede tomar el ejemplo de la Liga Hanseática; pero la historia de las Provincias Unidas

del siglo XVII está estrechamente determinada por esta alternativa que incide en toda la vida social incluida la religiosa e intelectual). En otros términos, la naciente burguesía capitalista parece haber "vacilado" - según las circunstancias - entre diversas formas de hegemonía. Digamos más bien que existían diversas burguesías, ligadas a distintos sectores de la explotación de los recursos de la economía-mundo. Si las burguesías nacionales tuvieron al fin la superioridad, incluso antes de la revolución industrial (pero al precio de "retrasos" y "compromisos", de fusiones, por tanto, con otras clases dominantes) - confiriendo retrospectivamente a la transición de los Estados dinásticos a los Estados-nación la apariencia de una necesidad ineluctable - "probablemente es porque tenían necesidad de utilizar, en el interior y en el exterior, las fuerzas armadas de los Estados existentes, y al mismo tiempo porque debían someter a los campesinos al nuevo orden económico y penetrar en el campo para convertirlo en mercado de compradores de manufacturados y reserva de fuerza de trabajo 'libre'" (Balibar, 1991, 99; cf. también Balibar, 1992, 116).

La necesidad para el Estado burgués capitalista, durante toda una fase histórica, de constituirse como "Estado nacional" (en la segunda acepción) deriva

también de la estructuración política del sistema mundo. Los Estados miembros de la ONU, como señala Wallerstein, son todos creación del sistema mundo moderno. La formación de un Estado soberano en el sistema interestatal da vida a una "nación", porque "los Estados en este sistema tienen problemas de cohesión. Una vez reconocidos como soberanos, se hallan frecuentemente amenazados tanto por la disgregación interna como por la agresión externa. Con el desarrollo del sentimiento 'nacional' estas amenazas disminuyen. Los gobiernos en el poder tienen interés, al igual que cualquier subgrupo en el seno del Estado, en promover este sentimiento. [...] Los Estados tienen además interés en la uniformidad administrativa que incrementa la eficacia de sus políticas. El nacionalismo es la expresión, el motor y la consecuencia de estas uniformidades a nivel estatal". Por otra parte, "el sistema interestatal no es simplemente una agregación de Estados soberanos. Es un sistema jerárquico con un orden de prioridades estable, pero que puede sufrir modificaciones. [...] Las desigualdades relevantes y netas, pero no inmutables, son precisamente ese tipo de procesos que conducen a ideologías capaces de justificar una posición más elevada en la jerarquía, pero asimismo de poner en discusión una inferior. Llamamos nacionalismos a este tipo de ideologías. Para este

Estado, no ser una nación significa hallarse en la imposibilidad de obstaculizar o promover la modificación de su puesto en la jerarquía. Pero en consecuencia este Estado no podría formar parte del sistema interestatal. Las entidades políticas existentes fuera del desarrollo del sistema interestatal como superestructura política de la economía-mundo capitalista o anteriores al mismo, no tenían necesidad de ser 'naciones' y no lo eran" (Wallerstein, 91-92).

Lo que en 1800 y 1900 se llama Estado nacional es una forma de Estado correspondiente a una determinada fase del desarrollo capitalista, una fase en la que el capital aún no se ha hecho tan fuerte y grande como para poder unificar el mundo en un único mercado. Debe construir mercados nacionales protegidos. Por otra parte, la economía política clásica nace sobre la base del cálculo de la "economía nacional".

Si el "Estado-nación" es la forma estatal en la que se desarrolla el capitalismo moderno (y el caso del nacimiento de la "nación" americana es significativo y clarificador), eso sin embargo no significa en absoluto que el Estado-nación sea la meta de la lucha de la nación ya constituida para tener su Estado. Hay aquí una inversión de perspectiva. Es el Estado el que forma la nación (como sabían incluso

nacionalistas como el conde Massimo d'Azeglio y el mariscal Pilsudski). Ni significa tampoco que el Estado-nación se constituya sobre una base étnica común preexistente, que exista de alguna manera una etnia que se hace "consciente de sí misma" como nación y que pasa luego a su forma de Estado. Respecto a la teoría de un origen étnico de las naciones (Anthony Smith), es útil remarcar con Hobsbawm que "los pueblos de los Estados-nación de amplia extensión territorial resultan casi siempre demasiado heterogéneos para poderse referir a una etnia común. De hecho, aun sin tener en cuenta las migraciones de la época moderna, la historia demográfica de gran parte de Europa nos permite conocer muy bien hasta qué punto es abigarrado el origen de los grupos étnicos, especialmente cuando se trata de zonas que, en el transcurso del tiempo, conocieron despoblamientos y nuevos asentamientos, como efectivamente se verificó en vastas áreas de la Europa central, oriental y sudoriental, e incluso en ciertas regiones de Francia" (Hobsbawm, 73).

El capitalismo ha tenido su origen histórico propio, no se ha desarrollado como puro espíritu, sino que se ha construido sobre una base ya dada - el feudalismo occidental, las monarquías "nacionales"; la misma burguesía se ha formado en el seno y sobre la base de condiciones preexistentes. La forma del Estado

nacional ha sido la forma con la que el capitalismo histórico ha salido a la luz. Wallerstein y Balibar explican convincentemente por qué no prevalecieron otras formas como la Hanseática o la del Imperio, que no obstante habían acompañado el surgimiento del capitalismo.

Pero esto significa también que la forma del Estado-nación, en una determinada fase de desarrollo del capitalismo, podría dejar de ser adecuada al mismo - es la crisis del Estado nación de la que hace tiempo se habla - y que podrían aparecer de nuevo, con un contenido material bien distinto, aquellas primeras formas. Se asiste hoy al renacimiento de "una especie de centros intersticiales característicos del mundo comercial medieval. Ciudades-Estado como Hong-Kong y Singapur florecen nuevamente, 'zonas industriales' extraterritoriales, que recuerdan los Stahlöfe hanseáticos se multiplican en el seno de Estados-nación sólo formalmente soberanos, constituyendo paraísos fiscales de alta mar en islas que de otro modo carecerían totalmente de valor y cuya única función es, precisamente, la de sustraer las transacciones económicas al control de los Estados-nación" (Hobsbawm, 206).

Cuando hablamos hoy de crisis del Estado-nación deberemos tener muy presente el camino recorrido

Justo en aquellos momentos que las grandes potencias europeas experimentaron la crisis de la guerra

por esta forma social y sus características.

Lo que antes que nada resulta hoy progresivamente erosionado por el desarrollo capitalista es la "economía nacional" territorialmente bien definida.

"A partir de la segunda Guerra Mundial, y en particular desde los años 60 asistimos a un redimensionamiento e incluso a una puesta en discusión del papel de las 'economías nacionales', seguidamente a algunas transformaciones importantes en el ámbito de la división internacional del trabajo, cuyas unidades de base son empresas transnacionales o multinacionales de múltiples dimensiones, y también tras el correspondiente desarrollo de centros y redes internacionales de las transacciones económicas que, por razones muy concretas, se hallan fuera del control de los gobiernos de los Estados. "El número de organizaciones internacionales intergubernamentales ha pasado de las 123 de 1951 a las 280 de 1972 y 365 en 1984; mientras el de las organizaciones internacionales no gubernamentales ha pasado de las 832 de 1951 a las 2173 de 1972, para más que redoblararse, 4615, en los doce años siguientes". Las viejas "economías nacionales" han sido sustituidas por más amplias asociaciones de Estados, o por entes internacionales controlados colectivamente, como el Fondo monetario internacional; parcelas

importantes del sistema de transacciones internacionales, como el mercado del eurodólar, no están sujetas a ningún tipo de control por parte de los Estados (Hobsbawm, 204-5). Sectores consistentes del gran capital ya no tienen una base "nacional", un territorio o un Estado privilegiados, se trata de capital "transnacional".

Sin embargo, la transnacionalización del capital, que se presenta como la forma que más se aproxima al concepto de capital - capital mundial en un mercado hoy día unificado mundialmente - no debe inducir a la ilusión de la más o menos inminente desaparición de la forma Estado y del sistema de los Estados. El capital, en tanto que relación social y no cosa, tiene en todo caso necesidad de un Estado. Un Estado que reglamente la relación con los dominados, con los asalariados, combinando coerción y consenso. El Estado "nacional" y "social" ha representado durante una fase histórica bastante larga el instrumento de regulación - con sus ajustes, modificaciones, transformaciones, dependientes de la marcha de la lucha de clases - de la relación con los asalariados, de su mantenimiento en posición subordinada. La unificación del mercado mundial plantea el problema de relacionarse a nivel mundial con los asalariados (en forma actual o potencial de ejército de reserva), y de tener, por tanto, un Estado adecuado a la

exigencia de control, regimentación, inclusión del proletariado considerado mundialmente. Un proletariado mundial que se percibe en su conjunto como "clase peligrosa", potencialmente amenazadora de destrucción para el orden capitalista mundial, mucho más que en el pasado, y contra el que es precisa una forma de Estado capaz de ejercer esas funciones de control y prevención de las que se hablaba. ¿Es quizás una casualidad que se hagan hoy operaciones de "policía internacional"?

La forma Estado que el capital pueda asumir en esta fase de creciente transnacionalización está aún por decidir. Aquella, como la anteriormente afirmada históricamente del Estado nacional, no nace en el laboratorio, sino en lo concreto de los antagonismos de clase, que son hoy - conviene no olvidarlo - antagonismos entre capital y trabajo, pero también antagonismos intercapitalistas.

Lo que parece dibujarse en el horizonte es la transferencia a organismos extremadamente reducidos, oligárquicos, elitistas, y totalmente sustraídos a cualquier forma de control democrático, de control "nacional" (del pueblo-nación), de algunas decisiones fundamentales en el terreno económico (es el caso del G7) y policíaco-militar (bajo la cobertura de la ONU y de su Consejo de Seguridad) - a fin de tratar cualquier intento, incluso falsamente

ostentado, de insubordinación como equiparable a actos de bandidaje que deben resolverse, como en cualquier Estado que se precie, con acciones de policía. La policía, como es sabido, actúa en el interior de un Estado, no hace la guerra, que se delega a los ejércitos. Se tiende así a presentar el mundo entero como una unidad en la que cualquier asunto se resuelve en su interior.

El "Estado" del G7 y del FMI no precisa de continuidad territorial (el capital tiende a comprimir al máximo el espacio y el tiempo de la circulación) ni tiene tampoco necesidad de construir una "nación": en primer lugar porque no tiene que luchar contra el feudalismo, no necesita aliarse a las clases subalternas, usar al "pueblo" para combatir a la aristocracia; y tampoco tiene necesidad de proclamar principios universalistas ni de teorizar la democracia (que la burguesía se guardaba muy mucho de practicar íntegramente). En el "Estado" transnacional el pueblo-nación no es siquiera un "pecado original" como ocurría en el Estado nacional.

Este tipo de "Estado", muy distinto de las formas estatales tradicionales sobre las que se estructuraba el propio Estado nacional, debe resolver el problema fundamental de toda sociedad de clases, el de las

relaciones con los dominados. Y esto no parece resuelto. Las formas ideológicas, los "aparatos ideológicos de Estado" deberán ser reinventados. Lo que actualmente parece delinearse es, en cambio, una forma de control que combina la represión de la "policía internacional" con una política tendente a hacer pedazos las formas estatales (de manera inmediata allí donde las contradicciones internas de los Estados lo permiten), a fin de tener que habérselas con mini-Estados más fácilmente controlables y domesticables. Estos Estados serían en relación al nuevo "Estado" transnacional lo que las regiones dotadas de autonomía administrativa eran en relación al Estado nacional central. Un buen número de Estados africanos, asiáticos, latinoamericanos y, ahora, ex-socialistas (de Albania a Lituania, pasando por la fragmentación yugoslava), aparecen de hecho dotados de una soberanía estatal profundamente limitada en las dos funciones que fueron prerrogativa esencial del Estado nacional: la economía y el ejército. Parece que se les hayan dejado las funciones administrativas y de policía interna que son propias de las regiones autónomas; a estos países se ha confiado el control - con las más variadas combinaciones de represión y consenso, según sus características y su historia "regional" - sobre las propias masas.

La multiplicación de "regiones autónomas" aparece como tendencia incluso en el Occidente fuerte, en el corazón de la economía mundial, si bien en formas completamente distintas de las que se han dado en el mundo ex-socialista. La constitución federal alemana concede amplias autonomías administrativas y culturales, funcionales a un control consensual sobre los asalariados, reduciendo las funciones del centro a aquellas realmente esenciales para el gran capital financiero (las funciones de política monetaria son ejercidas directamente por el Bundesbank independientemente de los gobiernos).

El modelo que podría configurarse es el de un "Estado" del capital financiero dotado de las fundamentales funciones reducidas a lo esencial, que delega a otros Estados "regionales" funciones administrativas.

Respecto a esta hipótesis de una tendencia a la formación de un "Estado" del capital financiero transnacional puede plantearse una objeción de fondo, como veremos más adelante.

Lo que en cualquier caso puede afirmarse con mayor fundamento es que los nuevos "Estados nacionales" surgidos de la disolución de la URSS y de Yugoslavia son algo substancialmente distinto de los

Estados-nación que se constituyeron en Europa en la época de las revoluciones burguesas. Su constitución, que ciertamente ha sido producida por dinámicas internas de la crisis de los Estados plurirreplicanos de la URSS, Yugoslavia y Checoslovaquia, ha sido con todo favorecida por el impulso a la fragmentación y regionalización a que el capital transnacional recurre para el control de los dominados. Estos nuevos presuntos "Estados nacionales", reconocidos como tales, tras algunas incertidumbres y contradicciones, por los Estados hegemónicos en el sistema de Estados mundial (eso que circula bajo el nombre de "comunidad internacional") nacen desde su inicio con soberanía limitada. Son pues cualquier cosa salvo Estados nacionales en el sentido originario del término: no se ejerce en ellos ninguna soberanía popular; las prerrogativas efectivas de la soberanía no están en manos del antiguo monarca absoluto, sino en las de los nuevos amos del FMI. Más que el nombre de "Estados nacionales" les resultaría apropiado el de "Estados regionales", de regiones con autonomía administrativa a los que se ha confiado la tarea de control de los trabajadores asalariados (efectivos o de reserva) en función de la economía capitalista mundial.

Es precisamente por esto, pues, que sus gobernantes

- expresión de una burguesía *compradora* a todos los efectos que se viste paradójicamente con los ropajes de la burguesía nacional, más aún, ultranacionalista - en crisis de legitimación y necesitados de ejercer ese control sobre las masas que la "comunidad internacional" les encomienda, fomentan un nacionalismo exasperado y excluyente de cualquier otro grupo presentado como foráneo. Un recurso trágico - y no nuevo, por otra parte - para distraer la atención de los sujetos de los problemas económicos y sociales inmensos que el paso a la economía de mercado y a la dependencia directa del capital transnacional provoca.

Este nacionalismo exasperado, que pretende la construcción de Estados "étnicamente puros" parece dar vida al fantasma del Estado nacional como Estado mono-nacional. Pero, históricamente, ningún Estado nacional ha sido "mono-étnico": la nación ha sido construida posteriormente sobre el territorio controlado por el Estado.

El capital, en tanto que relación social, es también auto-repulsión, la contradicción entre capitales es ineliminable por el propio capital. Durante toda la fase secular de los Estados nacionales este antagonismo ha tomado forma no sólo en la competencia económica, sino también en las guerras

interimperialistas (si bien - los negocios son los negocios - no es raro el caso de capitalistas que durante la guerra hacían buenos negocios con el "enemigo"). Esto significa que los capitales, aun tendiendo a la transnacionalidad, se instalaban, tenían sus bases privilegiadas, en el seno de concretos Estados nacionales: los capitales (el capital es forma tendente a la universalidad) se nacionalizaban (se particularizaban), se hacían franceses, alemanes, americanos, japoneses, etc.

La forma de los Estados nacionales ha sido la forma a través de la que se ha realizado, mediante el proteccionismo, las guerras comerciales y las guerras militares, el antagonismo - insoslayable - entre capitales.

En tanto que confirmada, la hipótesis de la superación del Estado nacional (de algunas de sus funciones esenciales, entre las que se cuenta la económica general, mientras quedaría una forma Estado con autonomía administrativa regional) determinada por el enorme crecimiento cuantitativo y cualitativo del capital en los últimos años, comporta necesariamente una transformación de las formas clásicas a través de las cuales se ha manifestado hasta hoy el antagonismo entre capitales, en particular la de la guerra entre Estados nacionales.

La hipótesis de un super-Estado del capital transnacional (si bien "ligero", quedando toda una serie de funciones administrativas y de organización del consenso delegadas a los Estados regionales) resulta difícilmente sostenible frente al antagonismo entre capitales.

Probablemente nos encontraremos, en esta fase de transición del Estado nacional a una forma de Estado adecuada a la nueva fase que el capitalismo ha iniciado, frente a la creación de super-Estados que se aglutan en torno a los grandes polos de la economía mundial, con el rearme japonés y alemán, que asumiría nuevamente la forma clásica del antagonismo interimperialista (incluido el recurso a una nueva exaltación de valores nacionalistas - de la "nación Europa", acaso - para compactar a las masas, si bien la guerra actual demuestra poder menospreciar los ejércitos de masas).

Pero no se excluye que tal antagonismo pueda tomar cuerpo en guerra no entre Estados, sino privadas, emprendidas por bandas mafiosas, "nacionales" o "transnacionales", dotadas de respetables ejércitos privados. Algo que ya se había manifestado en el pasado, pero que ha adquirido hoy proporciones notabilísimas: ¿acaso por la relativamente larga ausencia de guerras imperialistas?

## APENDICE

Para la reconstrucción del debate sobre la idea de nación en los siglos XVIII y XIX es de utilidad la consulta del trabajo de F. Chabod. La nación, o al menos la idea de nación, tiene en su opinión un origen que se puede circunscribir puntualmente en el tiempo (siglo XVIII) y en el espacio (Europa occidental). Un análisis filológico saca a luz las profundas diferencias entre el significado del término en la Edad Media, en el Renacimiento y en los siglos XVIII-XIX. La reconstrucción, sobre todo a través del análisis de la literatura del 700, de la idea de nación, permite fijar lugar y fecha de nacimiento de esta idea e identificar asimismo la radical dicotomía que transformará muy avanzado el siglo XIX la idea de nación en la de pueblo como comunidad de sangre, como se formulaba ya por algunos autores de inicios de ese siglo. A esta forma naturalista de valorar el carácter de la nación, "primitivo y burdo", Chabod contrapone su historicismo, que considera la nación "como creación de fuerzas morales, la educación, la vida política, la tradición", una idea de nación ligada indisolublemente a la idea de libertad: la historia de la nación es tomada como "prueba inconfundible del carácter de la nación, como

documento que legitima el ser mismo de la nación" (Chabod, 31-34). La actualidad del planteamiento de Chabod reside en esa historicización y desnaturalización de la idea de nación; el límite de su estudio (que se resiente inevitablemente del espíritu de su tiempo y de los condicionamientos políticos: se trata de la síntesis de un curso de lecciones desarrollado en 1943-44, con algunos añadidos y revisiones de los años 50) reside en producir una historia de la idea sin salir del mundo de las ideas y de las ideologías, de modo que sabemos el lugar geográfico y el tiempo en que nace la idea, pero ignoramos totalmente el vastísimo continente de las relaciones sociales de producción, en cuyo seno dicha idea viene a tomar forma. Ese nexo es apartado y excluido en el trabajo de Chabod, que pasa absolutamente por alto el debate marxista sobre la cuestión (que sin embargo ya había producido, como veremos, trabajos específicos dedicados al tema).

Para una reconstrucción del debate marxista sobre el problema nacional se puede acudir a los trabajos de Gallissot y Haupt. Un "debate marxista" auténtico se mantuvo esencialmente entre finales del 800 y principios de este siglo, con trabajos específicos dedicados explícitamente a la cuestión nacional, o, mejor, al problema de las nacionalidades. Marx y

Engels no hacen de ello un objeto específico de estudio, ni nos facilitan una definición unívoca, ni, menos aún, una teoría de la nación. En los fragmentos que se pueden extraer de sus escritos, parecen en muchos aspectos asumir la nación como un presupuesto ya dado e identificarla con el Estado-nación, por lo que aceptan la distinción, tradicional en sus tiempos, entre "naciones históricas" (es decir destinadas a tener en el futuro un Estado nacional) y "naciones sin historia", así como el principio de las "dimensiones mínimas" (territorio, población, recursos) necesarias para que una nación pueda efectivamente ser tal, un Estado-nación (cf. Hobsbawm, p. 39). Asoma sin embargo, según Gallissot, en los intereses etnológicos que Marx y Engels manifiestan en los años más maduros, otra visión, que habría que profundizar y estudiar mejor, según la cual las naciones están dotadas de una especificidad y persistencia propias (por ejemplo, en la *Historia de Irlanda* de Engels, escrita entre 1869 y 1870) no directamente reductibles al esquema clásico de la sucesión, si bien no lineal, de los modos de producción.

Las vacilaciones y las oscilaciones implícitas en los trabajos de Marx y de Engels reaparecen ampliadas y explicitadas en el posterior debate entre marxistas. En un primer momento, se rechaza reconocer la

existencia misma del problema: no hay naciones, sólo hay clases (Jules Guesde, 1882); los socialistas no conocen más que dos naciones: la de los burgueses y la de los proletarios (W. Liebknecht, 1892). (Posición que será retomada por Strasser y Pannekoek en 1912: el hecho nacional es un fenómeno transitorio y ajeno al movimiento obrero).

El debate teórico sobre la nación - sobre cuyos orígenes y esencia empezamos a interrogarnos explícitamente - versa esencialmente, más allá del enfrentamiento sobre las políticas a adoptar ante este o aquel movimiento nacional, sobre dos problemas, planteados en planos distintos, y que acaso se entrecruzan: 1) ¿Existe un nexo necesario entre constitución de la nación en cuanto comunidad históricamente determinada y capitalismo moderno? 2) ¿Existe un ligamen necesario e inseparable entre nación y territorio?

## 1. Nación y capitalismo

Es un punto de partida común para las distintas posiciones la idea de que la nación es un producto de la evolución histórica humana. Qué es exactamente, cuales puedan ser sus caracteres esenciales, sigue siendo en cambio objeto de una polémica tanto más encendida cuanto más parecen las posiciones políticas tener un reflejo inmediato: ¿"autonomía cultural nacional" o bien "derecho de autodeterminación de las naciones hasta la separación"?

La primera versión de la teoría histórico-económica que Kautsky formula sobre la base de elementos tomados de Marx y Engels se funda en trazos delineados a partir del análisis de las sociedades occidentales: el Estado nacional es el instrumento principal para la formación de la nación moderna, es el producto del desarrollo del modo de producción capitalista; el mercado es el agente histórico de su formación; y el idioma, auténtica materia prima mediante la que se realiza la cohesión y la unidad de la nación, el instrumento que confiere identidad a la nación (*Die moderne Nationalität*, 1887).

Algunos años más tarde, sin embargo, Kautsky admite que la nación no se reduce al Estado nacional

moderno, sino que es un conjunto social no definible únicamente que en las diversas edades surge de las más distintas condiciones, asume las formas más variadas, está sometido al flujo constante de la historia. No obstante, cualesquiera que sean las diferencias entre las naciones, existe una característica común a todas, la comunidad de lengua (*Die Nationalitätenfrage in Russland*, 1905). Atribuyendo gran peso al idioma, este modo de relaciones no menos importante en el plano social de lo que pueden serlo las relaciones comerciales en el terreno económico, ve en la nacionalidad una realidad cultural en función de la cual hay que adecuar la organización estatal, en términos tanto más imperativos, en la medida en que el progreso capitalista, en beneficio de la clase obrera, lleva a Estados de gran extensión (Gallissot, 822).

Lenin, en sus trabajos hasta 1914, retomará en buena medida la primera elaboración kautskiana. Concibe la nación estrechamente ligada a la formación del Estado nacional burgués, cuya creación es una necesidad económica de la burguesía: la expansión del mercado tiene necesidad de unidad lingüística (*Sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación*, 1914). Lenin distingue dos épocas en el desarrollo del capitalismo netamente diferenciadas desde el punto de vista de

los movimientos nacionales: 1) la del ocaso del feudalismo, en que el capitalismo en ascenso se caracteriza por el despertar de la vida nacional, por los movimientos y la constitución de Estados nacionales; 2) la del capitalismo consolidado, en que el antagonismo entre burguesía y proletariado está muy desarrollado: se distingue por la destrucción de las barreras nacionales, por la unidad internacional del capital y de la vida económica, por la absorción de las particularidades nacionales. Estos dos períodos no se suceden mecánicamente, no son antinómicos, están ligados entre sí por numerosos anillos intermedios y pueden existir simultáneamente en un país determinado, como sucede en Europa Oriental y en Asia (Haupt, 59). Lenin, en todo caso, no se interesa por la entidad nacional en sí, que sigue siendo para él una categoría transitoria sin valor intrínseco.

Un hito en la historia del debate marxista sobre la nación lo marca la larga y laboriosa obra de Otto Bauer, *El problema de las nacionalidades y la socialdemocracia*, de 1907. El autor vive directamente el problema de las nacionalidades en un Estado plurinacional: esto le induce a buscar la esencia de la nación en factores distintos a los del Estado nacional y de la continuidad territorial. Su bien conocida definición de la nación como

"conjunto de hombre unidos en una comunidad de carácter sobre la base de una comunidad de destino" merece ser explicitada mejor. En primer lugar Bauer rechaza decididamente cualquier concepción fundamentalista y racista: la nación, conjunto de interrelaciones entre hombres, es una comunidad históricamente constituida, no un inexplicable a priori; se define mediante la génesis de las formaciones comunitarias. El "carácter nacional" no procede de una herencia fisiológica: precisamente la diversidad de la comunidad cultural separa rigurosamente, a pesar de la mezcolanza de sangre, las naciones. La nación es pues un dato esencialmente histórico, pero de "historia fijada" en la comunidad de carácter; es una "individualidad social", con caracteres distintivos, dependiente de los caracteres adquiridos y de la voluntad, de la experiencia constitutiva de la personalidad. Bauer trata de vincular el surgimiento del problema nacional con el análisis de las relaciones económico-sociales. La explosión de un problema de las nacionalidades en el seno del imperio habsbúrgico fue inducida por las oleadas masivas de emigrados que constituirían la fuerza de trabajo necesaria para el desarrollo del capital; las raíces del odio racial hay que buscarlas en la desigualdad del desarrollo y en el intercambio desigual; son las transformaciones de las formas de trabajo y de las relaciones de

producción las que deciden la potencia política y su menoscabo, la muerte y el renacimiento de las naciones. Según Bauer las diferencias nacionales no desaparecerán: si por una parte se nivelarán las diferentes culturas nacionales con el desarrollo del capitalismo, por otro tendremos que, a medida que la clase obrera conquista su porción de bienes culturales, se dará una diferenciación y reforzamiento progresivos de las culturas nacionales. Lejos de ser simples restos del pasado, las particularidades nacionales se desarrollan, con el ascenso de las clases inferiores a la cultura, la extensión del capitalismo y la democracia.

## 2. Nación y territorio

En este terreno se enfrentan la concepción no sólo de Bauer, sino también de Vladimir Medem, uno de los líderes del Bund hebreo, de la nación como suma de todos los individuos que pertenecen a un determinado grupo histórico-cultural, con independencia de su asentamiento regional (*El problema nacional y la socialdemocracia*, 1906), y la de Stalin, para el que la comunidad de territorio constituye un rasgo ineludible de la esencia nacional. La definición de Stalin de la nación como comunidad estable, formada históricamente, de lengua, territorio, vida económica y conformación psíquica que se manifiesta en la cultura común (*El marxismo y la cuestión nacional*, 1913) y las posteriores elaboraciones que identifican el problema nacional tras Octubre del 17 como problema esencialmente colonial, la harán suya los movimientos antiimperialistas y de liberación nacional en los países colonizados.

Pero tal definición es también substancialmente admitida por la "Nueva izquierda" (en general profundamente crítica respecto a Stalin) cuando trata de suscitar movimientos nacionales en Occidente (cf. las aportaciones recogidas en *Materiales para el*

*problema nacional friulano*, a cargo de Democrazia Proletaria, 1976).

Un intento de elaborar una teoría marxista orgánica de la nación se sigue en la URSS, el Estado en cuyo seno están presentes más de cien nacionalidades distintas. Ni siquiera en los años más recientes, el principio estaliniano del nexo inescindible entre nación y territorio se abandona, pero se trata de profundizar mucho más en las temáticas étnico-culturales. Según Kaltajchian la nación es: forma peculiar de comunidad humana, distinta de la gentilicio-tribal por las relaciones de clase en ella presentes; comunidad de vínculos económicos (no se forma una única nación sudamericana por las distintas economías allí existentes); comunidad territorial (las comunidades étnico-sociales pueden funcionar sólo en el seno de un determinado territorio, y la nación conquista el derecho a la soberanía sobre el territorio con el esfuerzo de varias generaciones); comunidad lingüística (sin ella no se da nación). La nación, a diferencia de otras comunidades históricas como las de clase, estatales o religiosas, se caracteriza, entre otras cosas, por sus peculiaridades étnicas (idioma, cultura, costumbres, etc.); existe en forma étnica. Es pues, en efecto, fenómeno social de clase (producto de la necesidad burguesa de superar el fraccionamiento feudal), pero

sus rasgos étnicos no están en sí marcados por el marchamo de clase. Tales rasgos étnicos pueden, según Bromley, aparecer antes que la nación, pero no son eternos, ni, debemos deducir, inmutables. Se introduce así la diferencia conceptual entre nación y nacionalidad: la nacionalidad sirve al objeto de la caracterización étnica de la nación; la nación remite a la sociedad moderna del Estado capitalista, la nacionalidad pertenece a un largo pasado de diferenciación y agrupación de las poblaciones en pueblos. En última instancia, para la nacionalidad no es necesaria la comunidad de territorio, para la nación sí.

Una crítica radical al planteamiento marxista de la cuestión nacional ha sido formulada en tiempos recientes por E. Balibar. Este denuncia la existencia de un "punto ciego, común tanto a la historiografía burguesa como a la tradición marxista que se le ha contrapuesto". Toda la historiografía moderna se ha fundado en lo que Gallissot llama el "nacionalismo histórico" o "nacional-historicismo": el presupuesto según el cual las naciones son las unidades fundamentales, "naturales" de la evolución histórica. Es una representación tan reciente como la hegemonía de la forma nación. El proceso de construcción de esa hegemonía se habría puesto en marcha en el siglo XVII alcanzando la culminación

en el siglo XIX, contribuyendo a imponer la idea de que toda la historiografía precedente no sería otra cosa que una especie de prehistoria de la disciplina. Se re-naturaliza así la historia: la nación se convierte de alguna manera en la naturaleza inmanente de la historia. Todas las restantes unidades, los otros grupos sociológicos, ya sean políticos, socioeconómicos (las clases) o culturales son entonces pensados como componentes y prolongaciones de la forma nacional. La historia se concibe en tal caso como tendente en sus fines al proceso de formación de las naciones en el tiempo y en el espacio. El materialismo histórico, el marxismo clásico, estaría, según Balibar, guiado totalmente por el punto ciego de la historia nacional: no se trata sólo de la debilidad, o la ausencia, de una teoría marxista de la nación; la representación marxista de la evolución histórica comporta al mismo tiempo la aceptación acrítica de la idea de que las formaciones sociales de la edad moderna sean "naturalmente" naciones y que el Estado burgués sea "naturalmente" un Estado nacional. Lo que en ese caso se arrincona es precisamente "la objetividad, la organicidad del nacionalismo en cuanto ideología (como si no fuera otra cosa que el revestimiento de una ideología de clase). En consecuencia, o el nacionalismo está destinado con la lucha de clases a disolverse como una mera mistificación o un fenómeno del pasado, o

bien debe pura y simplemente fundirse con ella". Uno de los términos de la alternativa podía predominar en la teoría oficial de los partidos comunistas en el poder, mientras el otro triunfaba en la práctica política. Esta insoluble contradicción intrínseca al marxismo puede aparecer a plena luz tan sólo hoy, en el contexto de una crisis de la forma nación, que no es ni un quebrantamiento del Estado en cuanto tal, ni una crisis general del capitalismo, ni una descomposición de la burguesía en cuanto clase, si bien existe - para decirlo con Gramsci - una crisis de hegemonía (Balibar, 1992, 154-156).

Una útil perspectiva sobre los estudios de los últimos decenios, sobre todo de la literatura anglosajona, puede hallarse en el consistente trabajo de A. Smith (*El origen étnico de las naciones*. 1986; traducción italiana 1992). Distingue éste dos orientaciones fundamentales: la de los "perennistas" o "primordialistas" y la de los "modernistas".

Según los primeros, la nación (pero no la ideología del nacionalismo) puede ser localizada ya en la antigüedad. Los principales exponentes de esta corriente (que retoma conocidos argumentos de la idea de nación del siglo XIX), Shils y Geertz subrayan la importancia de los vínculos primordiales basados en el lenguaje, la religión, la raza, la

etnicidad y el territorio: nación y comunidad étnica son las unidades naturales de la historia y elementos integrantes de la experiencia humana. La versión sociobiológica de esta tesis afirma que la etnicidad es una extensión del parentesco y que el parentesco es el vehículo normal para la consecución de fines colectivos en la lucha por la supervivencia. Las versiones sociológicas consideran el lenguaje, la religión, la raza, la etnicidad y el territorio como principios de organización y vínculos fundamentales de la asociación humana en toda la historia: preceden a las formaciones políticas más complejas y suministran las bases sobre las que estas últimas pueden construirse. Los vínculos primordiales han dividido siempre a la especie humana, tan naturalmente como lo han hecho el sexo y la geografía. No hay pues nada particularmente moderno en el nacionalismo, ni es probable que desaparezca tampoco cuando haya un cambio significativo de las condiciones modernas.

Los "modernistas" (Seton-Watson, Tilly, Breuilly, Nairn, Benedict Anderson, Gellner), en cambio, sostienen que la nación es una creación completamente moderna (ubicable en torno a los siglos XVII-XVIII) que tiene pocas raíces en épocas precedentes, y menos aún en la naturaleza humana. Todo lo que puede parecer similar, tanto en la

antigüedad como en la Edad Media debe considerarse fortuito o excepcional. El análisis de las naciones y del nacionalismo debe partir de los procesos y de las condiciones de la modernidad, de sus bases económicas.

B. Anderson, en su libro sobre las "comunidades imaginadas" (*Imagined Communities: Reflections on the origin and spread of Nationalism*, London, 1983), sostiene que con el ocaso de la religión y el ascenso de la palabra impresa es necesario imaginar comunidades mediante las que puede suscitarse un sentido de inmortalidad y con las que pueden identificarse individuos de otra manera anónimos. Tales comunidades imaginadas o naciones se convierten en instrumentos al servicio tanto de las necesidades psicológicas como de las necesidades económicas en el contexto de las peculiares condiciones modernas del capitalismo.

Para E. Gellner (*Naciones y nacionalismo*, 1983, traducción italiana, 1985), la nación es un fenómeno exclusivamente moderno. Las principales características de la nación son, en efecto, en su opinión, la integración y la homogeneidad culturales de la población, indispensables para las necesidades propias de la industria moderna y de una sociedad orientada al crecimiento. En las sociedades agrícolas

premodernas no se daban las condiciones necesarias para que esto se realizara: las características de la cultura, la estructura del poder, la trama de los vínculos económicos conspiraban para impedir el surgimiento de las naciones. Las sociedades agrícolas estaban hasta tal punto estratificadas y eran tan inmóviles que la heterogeneidad cultural constituía su característica típica. Reinos e imperios no eran el producto de un impulso hacia la unidad cultural, sino de la necesidad de asegurarse riqueza y privilegios por parte de pequeñas clases dominantes que vivían totalmente de los servicios especializados de las capas subordinadas y del trabajo de los campesinos que producían los alimentos. A causa de esta necesidad de mantener diferenciadas las clases superiores, la cultura reforzó e hizo evidentes y permanentes las principales divisiones socioeconómicas. Leer y escribir era prerrogativa exclusiva de esta pequeña élite y sobre todo de los sacerdotes, y la población del campo se subdividía en una multitud de culturas vernáculas que expresaban el localismo y la economía de subsistencia. Gellner liga su teoría del nacionalismo a la transición de estas sociedades agrícolas alfabetizadas a las industriales modernas. El Estado moderno es la única agencia capaz de suministrar una fuerza de trabajo móvil, alfabetizada, tecnológicamente instruida, mediante su apoyo a un

sistema educativo de masas, público, obligatorio, estandarizado. En la medida en que la industrialización y la modernización proceden desigualmente fuera de sus áreas centrales occidentales, desarraigán necesariamente pueblos y regiones enteras, puesto que minan las estructuras y las culturas tradicionales y expulsan a mucha gente de sus ambientes o la obligan a vivir en un ambiente dominado por el anonimato y por los conflictos típicos de los modernos centros urbanos. El resultado es el conflicto de clases sobre los recursos escasos en la ciudad. Pero si los recién llegados tienen rasgos culturales específicos, o un color distinto, u otra religión (sobre todo si se basa en textos sagrados), se crea un conflicto nacionalista y la tendencia a la separación en dos "naciones".

La posición de Smith se distancia tanto de los primordialistas como de los modernistas: la nación no es un dato de la existencia social, una especie de unidad natural y primordial de la asociación humana fuera del tiempo; pero no es un fenómeno totalmente moderno: en las eras premodernas y en el mundo antiguo, en efecto, se pueden descubrir aspectos extraordinariamente similares a la idea moderna de identidad nacional (por ejemplo, en la forma en que Griegos y Romanos consideraban a los pueblos que no compartían su cultura) y movimientos similares a

los de liberación nacional (la resistencia jónica a la invasión persa en el siglo VI aC; la resistencia de los Galos frente a César, etc.). Las revoluciones industriales, del Estado burocrático y de la educación de masas laica (línea divisoria en la historia, comparable a la transición neolítica) no ha eliminado o convertido en obsoletas muchas de las culturas y de las identidades premodernas, cuyos elementos constitutivos - mitos, memorias, símbolos, valores - pueden a menudo adaptarse a nuevas circunstancias concordando sus nuevos significados y nuevas funciones, en una continuidad entre épocas tradicionales y modernas, agrícolas e industriales que muchos sociólogos se inclinan, en cambio, a dicotomizar netamente. Aun cuando la ruptura es, en ciertos aspectos, radical, en la esfera de la cultura no es tan omnicomprensiva e invasora como se ha supuesto. El carácter de la etnicidad es en gran medida mítico y simbólico; en la constitución de la etnia tiene particular importancia el conjunto mito-simbólico, el *mythomoteur*, es decir el mito constitutivo del sistema político étnico. Las principales características de la etnia que la distinguen de otras colectividades humanas son para Smith: un nombre colectivo (no existen etnias carentes de nombre); un mito de descendencia común; el ser comunidades históricas, basadas en una cultura compartida (y no esencialmente de

lengua: entre Serbios y Croatas las diferencias lingüísticas son muy leves); la asociación con un territorio específico; un sentido de solidaridad. los caracteres de la etnia cambian sólo muy lentamente: por ello las etnias, una vez constituidas, tienden a ser extraordinariamente duraderas en condiciones normales y a persistir durante muchas generaciones, incluso siglos, formando una especie de moldes dentro de los que todo tipo de procesos culturales y sociales pueden desencadenarse y sobre los que cualquier circunstancia y presión puede ejercer su influencia. Sólo en circunstancias completamente excepcionales las presiones externas, de consumo con las modificaciones internas, promueven una alteración radical de la cualidad étnica. Apoya la tesis de la persistencia de la etnicidad, según Smith, cuanto está sucediendo en la ex URSS, en los Balcanes, en Oriente Medio: "Los históricos conflictos etno-religiosos entre Serbios y Croatas, Azeríes y Armenios, Kurdos y Arabes sunitas, Sijs e Hindúes, Tamiles y Cingaleses no han surgido con la edad del capitalismo y del nacionalismo, si bien el impacto del segundo ha exacerbado tensiones étnicas preexistentes. Las naciones modernas que tales conflictos están generando u obstaculizando se basan en identidades mucho más antiguas que descienden de un sentido de diferencia cultural, en un principio frecuentemente pequeña, pero que una variedad de

procesos ha ampliado y profundizado, hasta el punto de producir 'comunidades de historia y destino' completamente distintas en el plano cultural" (Smith, 10). Para Smith, en definitiva, cuenta el peso de la persistencia de las formas históricas, la *longue durée*: "El origen étnico de las naciones modernas nos enseña que las identidades culturales, una vez creadas, no desaparecen fácilmente, que los componentes étnicos premodernos están profundamente inseridos en la mayor parte de las naciones modernas, y que las identidades nacionales están sólidamente cimentadas en la estructuración del mundo moderno". Esto "debe llevarnos a desconfiar de las fáciles soluciones aprestadas para los conflictos nacionales y étnicos, al igual que de las explicaciones prevalentemente económicas que tan a menudo son acreditadas" (Smith, 11).

## BIBLIOGRAFIA

AA.VV., *Materiali per la questione nazionale friulana*, a cargo del grupo de trabajo de Democrazia Proletaria, Udine, Ed. del Centro de ricerca e documentazione di Borgo Aquileia, 1976.

E. Balibar, 1991, en E. Balibar - I. Wallerstein, *Razza, nazione, classe. Le identità ambigue*, Roma, Ed. Associate.

E. Balibar, 1992, *Les frontières de la démocratie*, Paris, La Découverte, 1992.

J. Bromlej, *Los problemas nacionales en la URSS*, Moscú, Ed. Progreso, 1971.

E. H. Carr, *La rivoluzione bolshevica*. (Hay traducción española: *Historia de la Rusia soviética. La revolución bolchevique*, traducción de Soledad Ortega, Alianza Editorial).

F. Chabod, *L'idea di nazione*, Bari, Laterza, 1956.

R. Gallissot, *Nazione e nazionalità nei dibattiti del movimento operaio*, en *Storia del marxismo*, vol. 2, Torino, Einaudi, 1979.

E. Gellner, *Nazioni e nazionalismo*, Roma, Ed. Riuniti, 1985.

G. Haupt, *Les marxistes face à la question national: l'histoire du problème*, traducción italiana en *Quaderni internazionali* n.2/3, Roma, 1991.

E. J. Hobsbawm, *Nazioni e nazionalismo*, traducción española en Ed. Crítica.

S. Kaltajchian, *La teoría marxista-leninista de la nación y la actualidad*, Moscú, Ed. Progreso, 1987.

V. I. Lenin, *El derecho de las naciones a la autodeterminación*, en *Obras escogidas*, Tomo 1, Moscú, Ed. Progreso, 1979.

V. I. Lenin, 1980, *Polnoe Sobranie Socinenij*, Tomo 25, Moscú, Izdatel'stvo Politiceskoj Literatury.

K. Marx, *Critica del programa de Gotha*, en K. Marx - F. Engles, *Obras escogidas*, Tomo III, Moscú, Ed. Progreso, 1978.

A. Smith, *L'origine etnica delle nazioni*, Bologna, Il Mulino, 1992.

J. V. Stalin, *El marxismo y la cuestión nacional*,  
trad. Lenguas Extranjeras Moscú, Akal Editor,  
1977.

I. Wallerstein, en E. Balibar - I. Wallerstein, *cit.*